

Instintivamente



Exposició: Instintivamente
(Espai cultural Biblioteca La Petxina)

Autores: Xavier Alcacer, Amparo Aparicio, Amalia Bella, Cristina Bernador, Rafael Cebrian, Tania Fas, Enrique Ferré, Amparo García, Javier Gayet, Eva Gómez, Vicente Gómez, Juvi, Borja Llopis, Alejandro Martínez, Roberto Martínez, Felipe Medina, Sofía Montoya, Daniel Olmo, José Luis Parra, Pilar Poveda, Jesus Rivera, María Fernanada Saiz, José San Martín, Manolo Sebastián, Eduardo Sepúlveda, María Jesús Soler, Manuela Torres, María Luisa Valiente, Tamara Vallejo, Enrique Zabala

Fecha: Del 17 al 21 de Julio de 2008

Resumen:

Esta exposición reúne obras de alumnos de la asignatura Pintura y Fotografía, optativa de primer ciclo del departamento de Pintura de la Facultad de Bellas Artes de San Carlos. Aunque cada vez es más habitual que los alumnos de la Facultad puedan exhibir sus trabajos fuera de las aulas —gracias a la incorporación de estas actividades dentro de los programas docentes— no deja de ser una parte importante que completa su formación y les implica en el reto de poner a prueba y mostrar sus resultados con la pretensión de ser observados y decodificados por espectadores “reales”. En realidad, más allá del pequeño estímulo de la relevancia o el protagonismo de ocupar, por un espacio de tiempo, un “escenario” público en el que poder emitir una señal, la importancia de este proyecto consiste en la exigencia y la tesitura desde la que se plantea cada trabajo: no se trata sólo de ejercicios puntuales, más o menos lucidos, sino de “obras” que deben contar con un plus de autoexigencia puesto que no van ser evaluadas y comentadas por un profesor sino que van ser expuestas a la opinión y el criterio de espectadores desconocidos. Los visitantes de esta Sala de la Petxina podrán disfrutar y criticar cada trabajo a partir de su contemplación convirtiéndose en receptores ocasionales de los mensajes de cada una de las imágenes estáticas y bidimensionales exhibidas. Es fundamental que el alumno-autor de cada obra se planteé a lo largo del proceso de elaboración de sus trabajos la necesidad de que sus intenciones sean visibles y comprensibles para que el espectador complete, con su inevitable filtro personal, la interpretación de la obra. Para ello deberá plantear claramente sus intenciones desde el comienzo de la gestación de su propuesta —tanto técnica como conceptualmente— generando una metodología para el desarrollo de sus intenciones y una elaboración metódica que sustente la estructura de la obra. Una especie de andamiaje invisible que ordene y mantenga la lógica de la narración y los procesos técnicos con los que se verifican y exponen los “relatos visuales”.

El nexa común es doble. Por un lado, la exigencia de mezclar la pintura y la fotografía como ingredientes de un mensaje híbrido compuesto y construido por elementos y recursos de ambas disciplinas: lo pictórico y lo fotográfico, la mancha, el color, la textura y todos los recursos de la retórica de la representación y, además, la posibilidad de importar, en un espacio compartido, registros fotográficos, documentos, tramas, imágenes preexistentes; en definitiva, presencias un tanto fantasmagóricas que enriquecen y complican el mensaje visual y que abundan en la extrañeza de la ficción y el axioma aparente de la verosimilitud. El otro punto en común es el tema propuesto como elemento de reflexión. El proceso ha consistido en someter asambleariamente a votación una serie de ideas y territorios propuestos por el colectivo, una vez elegido el tema cada participante lo interpretará generando proyectos diversos a partir de asuntos o ideas comunes. En esta ocasión se decidió que fueran los instintos el ingrediente común. Aunque fue una opción mayoritaria, muy pronto surgieron los inconvenientes para acometer una temática tan extensa como ésta, que, por otra parte, significaba una complejidad el intentar visualizar o hacer visible cada una de las propuestas y tentativas al respecto de la cuestión. Al hilo de esta dificultad, surgieron algunos interrogantes acerca de las limitaciones de las imágenes y su compleja capacidad de mostrar con claridad y elocuencia. ¿Pueden las imágenes mostrar cualquier cosa? ¿O quizá sus atributos están más limitados a la forma que al contenido? ¿Tienen capacidad de generar discursos y completar sentidos? De ser así, ¿podría ser desde una sola imagen estática? ¿O se necesitaría una serie o una suma de “viñetas” convertidas en relato? ¿Puede haber un relato en una única imagen? ¿De que tipo de relato hablamos entonces? Ya desde los clásicos se ha escrito mucho al respecto de estas consideraciones. La relación del conocimiento a través la mirada y sus variables son lugares habituales e imprescindibles para la comprensión y degustación de la pintura y la fotografía como métodos de reconocimiento del mundo y sus fenómenos. Aristóteles legitima esa relación indisoluble entre pensamiento e imagen con una observación categórica: «En el alma dianoética por su parte, las imágenes vienen a ser lo que las sensaciones. Y cuando afirma o niega lo bueno o lo malo, evita o persigue. Por eso el alma nunca piensa sin imagen.» (De ánima, III, 7 (431a)). Y, mucho más cerca, Roland Barthes describe el alumbramiento del alma: «La neuropsicología ha establecido de modo perfecto el nacimiento de la mirada. En los primeros días de vida, hay una reacción ocular frente a la luz suave; al cabo de una semana, el bebé intenta ver, orienta los ojos, pero aún lo hace de una manera vaga, vacilante; dos semanas después, puede fijarse en un objeto próximo; a las seis semanas, su visión es firme y selectiva: se ha formado la mirada. ¿No se podría decir que en esas seis semanas es cuando nace el “alma” humana?» (“Lo obvio y lo obtuso, imágenes, gestos, voces”, 1982) Pero no es del alma de lo que debíamos ocuparnos sino más bien de todo lo contrario. Coloquialmente nos referimos al instinto para describir comportamientos que van más allá de nuestra capacidad de racionalizar, más allá de la consciencia. Esta asumido, y así lo define el diccionario, que se trata de una forma de actuar que precede al pensamiento y que se relaciona con los ingredientes más primarios de nuestro sujeto biológico. En tanto que seres vivos, todo aquello que tiene que ver con la conservación de la vida y por añadidura con las pulsiones de la procreación: el miedo, el deseo, la necesidad de alimentos o la protección maternal pero, también, la territorialidad o la posesión podrían ser enumerados como algunos de estos principios activos, aquello que está en la base de nuestras categorías, hábitos y conductas más cotidianas. Lo más parecido en cuanto a representación pictórica de una alegoría semejante sería el cuadro de los siete pecados capitales que pinto el Bosco en 1480. Cada pecado está representado en una escena que describe con claridad la conducta y los resultados de los pecadores en cada una de las modalidades. Podría decirse que algunos de estos pecados responden a la clasificación freudiana de las dos pulsiones elementales: el sexo y la muerte, Eros y Tánatos. La tensión entre cultura y naturaleza, entre individuo y grupo, o entre “lo crudo y lo cocido” que diría Lévy- Strauss, han propiciado una compleja y refinada red de tipologías de conductas, hábitos y costumbres. Estos trabajos se han propuesto como tentativas que representan, de manera alegórica, algunos de estos comportamientos humanos. El resultado podría ser un reflejo fragmentado, un retrato colectivo de gestos y actitudes que resultan de la fusión de nuestra herencia y la voluntad con la que decidimos conducir nuestros impulsos y nuestros deseos. Creo que Lacan escribió acerca de nuestra deuda genética que «ningún individuo sexuado es revolucionario», pero eso no puede ser una excusa que nos exima de la responsabilidad de actuar y tomar decisiones.

José Luis Cueto Lominchar
Vicedecano de Cultura